

DR. PEDRO JUSTO BERRIO(1)

Costumbre antigua, que aún nuestro siglo, tan poco atento a las virtudes contemporáneas, no ha echado en el olvido es la de transmitir a la posteridad las acciones y género de vida de aquellos varones ilustres cuyo mérito sobresaliente ha logrado vencer cierto vicio común a pequeños y a grandes Estados.

Estas palabras, con las cuales Tácito comienza a su "Vida de Gn. la envidia y la ignorancia del bien". Julio Agrícola", tienen oportuna y feliz aplicación a la patriótica solemnidad que hoy se festeja en la capital del Departamento de Antioquia.

La erección de una estatua no es, en nuestros tiempos, suceso que salga, a decir verdad, de los límites de lo común y ordinario. Pero cuando la estatua que se levanta sube a su pedestal en hombros de un pueblo entero, sin distinción de bandos o parcialidades civiles y cuando el personaje de tal suerte honrado vivió ayer no más, desempeñando papel más que visible en recias lides políticas de su país, el hecho se hace ya altamente significativo, envuelve grave lección y merece ser recordado en los anales patrios.

Entre los muchos hombres de espada o de pluma que en Colombia han desempeñado después del Libertador, altos oficios de gobierno, acaso no haya temeridad alguna en asignar puesto aparte y pre-

(1) NOTA. — La estatua del Dr. Pedro Justo Berrío es obra del escultor italiano Anderlini. Fue inaugurada el 29 de junio de 1895. (J. S. M.).

eminente al doctor Pedro Justo Berrío, bien que su acción directa, como conductor de la cosa pública, no se dilatara fuera de los límites del antes Estado Soberano, hoy Departamento de Antioquia.

Dos palabras resumirán puntualmente, nos parece, los méritos del insigne y claro varón: siempre que haya necesidad de recordar qué condiciones ha de reunir un gobernante para labrar la dicha de los pueblos y a par de ella su propia gloria, no vayamos a aprender la lección en libros de moralistas y filósofos; estudiemos y meditemos bien la vida pública del Portales antioqueño.

“El Juez o Rey sabio hará justicia a su pueblo y será estable el principio del varón sensato”, nos enseña el sagrado libro del Eclesiástico.

¡La justicia! Esa y no otra es la base de toda acertada gobernación; la justicia, que a todos reparte por igual su derecho; la justicia, que excluye el odio; la justicia, que es incompatible con cuanto empequeñece y abate; la justicia, que es también caridad; la justicia, que no admite ni reconoce arbitrarios meridianos trazados entre pueblos, partidos u hombres.

Y el doctor Berrío fue ante todo y sobre todo justo en la más amplia y generosa acepción de lo alto, recibió, sin duda, el que con aquel nombre le señaló en las fuentes bautismales.

Diez años consecutivos rigió el doctor Berrío los destinos políticos de Antioquia, y durante aquel lapso de tiempo, relativamente largo, y en época no siempre bonancible para la república, nunca se supo, nunca se oyó decir que el gobernante antioqueño cometiese una arbitrariedad o ejecutase un acto de baja persecución o de violencia contra persona alguna, amiga o enemiga del gobierno. Las cárceles no conocieron entónces presos políticos; la propiedad privada fue generosamente respetada y protegida, aun en épocas de guerra; y la pública manejada con la más absoluta probidad, jamás tuvo otra aplicación que el beneficio directo de los mismos pueblos contribuyentes.

Y es aquí de notarse que el doctor Berrío vino al poder, si no como triunfador armado, a raíz de

una larga, cruenta y devastadora revolución política y social, que todo lo había removido y trastornado, que había herido los más hondos y caros intereses y dejado terrible herencia de odios y rencores. Y a pesar de eso, ni un acto de represalias, de venganza o siquiera la tetorción! Con el último disparo que se oyó en el campo de "Cascajo", cesaron las medidas bélicas, y la labor en lo sucesivo vino a ser de reparación, de reorganización y de concordia, de armonía de todos los intereses legítimos, de progreso en todo sentido, de paz, de paz profunda, de aquella que se siente y se disfruta como la salud buena y probada.

Y por cierto que la posición del Estado de Antioquia en aquella época no era para inspirar la más ciega confianza; rodeado estaba por todas partes de enemigos, presenciando luchas armadas en casi todos los Estados de la por ironía llamada Unión Colombiana; y sus relaciones con el gobierno general eran siempre difíciles y quebradizas; y al frente y adentro tenía un partido batallador y revolucionario, que disponía de poderosos elementos y que naturalmente veía con suspicacia y recelo que en el corazón de las montañas antioqueñas se consolidase y robusteciese un gobierno que podía ser en cualquier momento centro de una reacción política en la República.

A pesar de tamaños peligros y dificultades, el doctor Berrío no se desvió ni una línea, ni por un momento, de la regla de conducta que se había trazado desde el principio de su administración. Mantuvo a raya las impacencias de sus copartidarios en el resto de la Nación; asumió actitud templada y firme respecto de los poderes federales, siempre que hubo necesidad de reclamar contra cualquiera violación de los principios constitucionales; y al propio tiempo, jamás se dejó dominar por el pánico ni por las alarmas, hasta cierto punto naturales y justificados, de aquellos que siempre estaban temiendo conspiraciones internas o invasiones extrañas. En aquellas críticas circunstancias, el dilema que se presentaba era forzoso: había que escoger entre aplicar los recursos del Estado a la defensa militar, o a aquellas obras de cultura y de progreso que los pue-

blos sienten, palpan y agradecen, y que son las que dan solidez y popularidad a los gobiernos. El doctor Berrío no vaciló, y con fe entera y fuerte, escogió el último término. Dió de mano a la política de expedientes del momento, para consagrarse en absoluto a la que tiene sólo en mira el porvenir, siguiendo con ello el ejemplo del labrador honrado y paciente, que siembra para cosechar, y no el salvaje que tala y arrastra, para vivir con el día. Que la elección fue acertada, nos lo está probando la estatua que hoy se levanta; hubiérase procedido de otra suerte, y el doctor Berrío habría pasado sin dejar huella alguna, y su nombre correría hoy confundido con los de tantos otros gobernantes ineptos y vulgares que sólo merecen el olvido y el desprecio.

Resultado de aquella política sabia fue, en síntesis, que durante aquel período no hubo en Antioquia un solo soldado en armas. En cambio hubo sí escuelas en todo el territorio del Estado, en las ciudades, en las aldeas y en los campos: fundóse una Universidad que haría honor por su personal docente a cualquier centro de cultura; abrióse la escuela de artes y oficios, primer establecimiento de su género en el país; introdujose el telégrafo eléctrico; construyóse la carretera de Medellín, base del actual ferrocarril y por ella giraron las primeras ruedas en aquel suelo abrupto y montañoso; todos los caminos públicos fueron atendidos y constantemente reparados; la Casa de Moneda de Medellín recibió una maquinaria completa y perfeccionada; los establecimientos penales obtuvieron organización científica; creóse un cuerpo de policía sin antecedentes en la República; y a la sombra de la paz, de la libertad y de la seguridad, el comercio floreció, la minería tomó prodigioso desarrollo y en todo el pueblo hubo trabajo, holgura, abundancia y contento.

La administración marchaba en todos sus ramos con la precisión de un cronómetro; la deuda pública se servía a estilo inglés, dando con ello base al crédito del Estado; los sueldos de los empleados se pagaban con regularidad bancaria; las rentas cobraron incremento sorprendente; y la República entera contemplaba con asombro, con envidia y con

respeto aquella sección de su territorio donde tales prodigios se realizaban por obra de un gobierno regido por un magistrado hábil y virtuoso.

Y lo que más llama aquí la atención es que la obra del doctor Berrío no fue efímera, ni tuvo en manera alguna carácter y miras personales: fue una organización sólida, estable, perfectamente acomodada a la índole y necesidades del pueblo antioqueño. Ese pueblo y aquellas necesidades fueron el estudio constante y preferente del doctor Berrío y por eso le comparamos atrás al gran Portales, organizador de la Nación chilena. Ambos gobernantes supieron penetrar hasta los últimos pliegues de las sociedades que les tocó regir y sin darse a autopías o sistemas, buscaron y apropiaron el remedio para cada dolencia, el estimulante para cada fuerza viva. Esas y no otras, son las constituciones que perduran y resisten cambios y sacudidas.

Poco después de muerto el doctor Berrío, Antioquia y la República entera fueron quebrantadas por la violenta conmoción de 1876, en pos de la cual vinieron la vandálica invasión y los gobiernos violentos y brutales que allí se sucedieron, tratando en vano de echar raíces, y la revolución general de 1885, y el cambio consecuencial de régimen y de instituciones políticas en la República. A pesar de tamañas mudanzas y vicisitudes, Antioquia ha seguido siendo el Departamento mejor gobernado de Colombia; ello, porque la escuela práctica de administración que el doctor Berrío formó, ha continuado dando sus frutos; porque los hombres que él educó han seguido el impulso que recibieron, siendo fieles a las que allí son ya verdaderas tradiciones, muy más fuertes que las leyes escritas.

Este es el timbre de grandeza del doctor Berrío; y por eso la estatua que hoy se le erige en Medellín, no es tributo de un partido ni de una parcialidad, sino testimonio de gratitud y amor de un pueblo entero, que sabrá guardarla con veneración y respeto y que tendrá en ese bronce mudo viva y elocuente lección de lo que vale el patriotismo ardiente, regido y templado por la sabiduría. No sólo para los antioqueños serán la enseñanza y el ejemplo: la estatua del doctor Berrío proyectará su sombra

apacible sobre todo el ámbito del territorio de la República, y en épocas de decadencia y postración, grato y consolador será pensar, tornando allá la vista, que, así como el doctor Berrío surgió de repente a la escena pública, otros como él andarían quizá por ahí, confundidos entre las gentes modestas y trabajadoras.

Y cuando de sabiduría hemos hablado, entiéndase que no nos referimos a la que se busca, con mente soberbia y corazón seco en las reconditeces de los libros humanos, sino aquella otra que según la expresión del sagrado texto, "va ella misma por todas partes buscando a los que son dignos de poseerla, por los caminos se les presenta con agrado, y en todas ocasiones y asuntos la tienen al lado".

No aprendió el doctor Berrío la ciencia del gobierno en libros ni en academias; ni inventó teorías ni sistemas ni fue pródigo en palabras y doctrinas; ni pretendió ser maestro en nada. Su norma primera fue la ley de Dios; sus talentos no especulativos, sino prácticos; sus virtudes, modestas y calladas. Humilde por naturaleza, buscaba el ajeno consejo; fuerte, entero y prudente, llevaba a cabo sus maduras resoluciones con inapelable energía. Reveló de un golpe todas sus dotes y condiciones y en el curso entero de su carrera pública, no hubo un desmayo ni un momento de retroceso, ni burló una esperanza, ni produjo una desilusión. Consumió vida y hacienda en servicio de su pueblo y de tal suerte que poco después de separarse del mando y en todo el aparente vigor de la vida, cayó herido por la mano de la muerte; y habiendo entrado al gobierno con una modesta fortuna dejó a su viuda y a sus hijos en pobreza rayana de la indigencia. Sufrió en silencio injusticias, conoció ingraticudes y devoró sinsabores, sin pensar jamás en servirse de la vara de la magistratura como instrumento de venganza. Hombre de su siglo y de su tiempo, amó la libertad y tuvo fe en ella. Hombre de gobierno, tuvo, como nadie que sepamos, el dón de hacerse respetar y obedecer, no por alardes de fuerza o autoritarios arranques, sino por aquel irresistible impulso que hace que "al siervo prudente y sabio se le sujeten sin pena los hombres libres", según nos lo enseña la Escritura.

.....

En el santuario de la vida doméstica del doctor Berrío no entraremos. Bástanos decir que en él el hombre público y el privado eran uno mismo idéntico y constante, sin solución de continuidad. La pureza de sus costumbres, la austeridad sincera y sin ostentación, son proverbiales en Antioquia. Lo que quizás se ignora por acá es que aquel hombre tan serio, mesurado e imponente en la curul gubernativa era por extremo llano, decidor, jovial y chancero en el trato con sus amigos. Tuvo de ellos muchos —cuantos de cerca le conocieron— que le amaron intensamente en vida y que le lloran aún y le llorarán siempre con amargura amarguísima.

Empezamos este artículo citando un pasaje de Tácito; lo concluiremos aplicando a la memoria del gran Berrío las mismas palabras con que el insigne historiador romano cierra aquella insuperable biografía: “Muchos antiguos héroes dormirán sin honor y sin gloria en la nada del olvido: Agrícola, trasmitido por la historia a la posteridad, vivirá eternamente”.

Carlos Martínez Silva